

Galdós
Un intolerante con la intolerancia

M^a Encarnación Ribes Mencheta
Profesora Tutora Centro Asociado UNED Algeciras

“No es el destino, sino actitudes irreductibles de los humanos las que suscitan el drama, y lo precipitan.”

Ricardo Gullón, “Técnicas de Galdós”

“Doña Perfecta” se publica en 1876. Apenas se ha cumplido un año de la Restauración de la casa de los Borbones en la figura de Alfonso XII. Para entonces, Galdós, a sus 33 años, ha visto publicadas : una novela fantástica, “La sombra”, en 1870; dos novelas históricas, prelude de sus “Episodios nacionales” : “La fontana de oro”, 1870, y “El audaz”, 1871; así como la primera serie de los “Episodios nacionales”, entre 1873, “Trafalgar” y 1875, “La batalla de los Arapiles”.

Ha tenido ocasión, pues, de demostrar su valía como escritor; de dejar apuntada su teoría de la novela, y esto no sólo en las obras citadas, también en escritos teóricos, como el publicado en la “revista de España” bajo el título de “Observaciones de la novela contemporánea”, en 1870. Desde los primeros escritos juveniles es evidente que Galdós ha optado por el realismo y, en este trabajo, concreto y directo, sin las ironías de ensayos anteriores, propone, para superar el nefasto influjo de la literatura romántica – folletinesca, que los escritores dejen de imitar maneras extranjeras y, teniendo como modelos nuestros clásicos, (Cervantes, Velázquez), aprendan a observar la realidad. Dentro de ella, efectivamente, halló nuestro escritor un filón inagotable para sus novelas: ya en este año de 1870 había intuído que el “gran modelo” de la novela había de ser la clase media.

Pero, naturalmente, ha tenido también ocasión de vivir, manejar y recrear sucesos y vivencias que se convertirán en la serie de temas que se mueven entre la persona Galdós y Galdós el escritor. Desde que, en 1862, su familia decide que el joven Benito se traslade a la Península –desde sus Canarias–, éste no se conforma con ver Madrid por fuera; busca el contacto con la chiquillería del Rastro, con las clases bajas, con el mundo de los cesantes; a través de la sociedad madrileña comienza a descubrir a la sociedad española en su multiforme conjunto. Desde lo fantástico a lo histórico, todo se vuelve materia novelable. Mediante la observación directa de todo cuanto lo rodea, el gran curioso construye un mundo de ficción total que abarca “lo físico y lo espiritual, lo abstracto y lo concreto, lo general y lo particular, desde el alma humana hasta el vestido que cubre su aspecto físico” (Juan Manuel Rozas). Mundo de ficción, decimos, mundo inventado a partir de una materia novelable, la vida, por más que la representación de tal materia se nos haga de forma tan realista que cree, como apunta Ricardo Gullón, la ilusión del “como si...”.

En “Doña Perfecta” este mundo inventado resulta no sólo accesible, sino terriblemente identificable. Una sucesión de aciertos narrativos consigue que la figura central de la novela, doña Perfecta, se escape del ámbito ficticio en que la hicieron nacer y entre a formar parte del mundo interior y real de cada uno de nosotros. “La llamada ‘verdad psicológica’ del personaje” –dice Ricardo Gullón– “no es el resultado de una combinación entre elementos reales e imaginarios encaminada a conseguir que éstos se parezcan a aquéllos, sino el de la adecuación de la figura inventada al mundo novelesco en que se integra.”

Así pues, realidad no es realidad novelesca y el personaje no es –no tiene por qué ser– persona. Entonces, ¿cómo se explica la exasperación del lector cuando, en el transcurso de la lectura, va siendo él mismo objeto de las malicias dialécticas de doña Perfecta? , ¿de qué manera un personaje consigue escapar de su universo literario, saltarse aquella barrera del “como si” y penetrar en lo íntimo del lector, como molesto, hiriente punzón que provoca nuestra airada respuesta? . La explicación, pensamos, está en el narrador. Para don Benito Pérez Galdós, el narrador es el principal instrumento de su creación artística. Es un narrador omnisciente, definido como aquél que se sitúa al margen o por encima de los sucesos narrados y que suministra la información independientemente de lo que sabe cada uno de los personajes. Tras él, en “Doña Perfecta”, se esconde el autor, quien, al comentar y juzgar la acción, indica al lector cuál es la interpretación que debe hacer. Pero esto, que teóricamente parece sencillo, no resulta así en el acto de lectura. En numerosas ocasiones el narrador calla lo que esperamos que diga y dice lo que no esperábamos : obra del mismo modo en que lo hacen sus hipócritas personajes.

“Doña Perfecta”, junto a “Gloria” (1877), “La familia de León Roch”(1878), y otras, responde a la postura de Galdós ante los enfrentamientos ideológicos entre los españoles de su tiempo. Él, que aborrece la pena de muerte, la guerra civil, la tontería

humana, coloca en estas novelas, frente a protagonistas de espíritu abierto y moderno, a personajes de estrecha mentalidad tradicionalista. Su propósito es atacar la intransigencia, el fanatismo, la intolerancia. Pero, ¿dónde reside el golpe de efecto para la implantación de una supuesta – y muchas veces repetida– “tesis”? ¿cuál es el arma utilizada para evidenciar lo peligroso de ciertas actitudes intransigentes?; ¿cómo, en definitiva, está explicitado el maniqueísmo en los personajes de “Doña Perfecta” y cómo se nos involucra de tal modo que nosotros mismos pasamos a engrosar una de las dos partes antagonistas?. Dependerá de nuestra actitud, en mayor o menor medida tolerante, en cuál de ellas nos situemos...

Hay, en esta novela, una lenta progresión hacia la guerra, visible en el repaso de su argumento : Pepe Rey, ingeniero progresista y europeizante, llega a la ciudad episcopal de Orbajosa, reducto del conservadurismo y la intolerancia, con la intención de casarse con Rosarito, prima suya e hija de doña Perfecta, puntal de la sociedad orbajosense.

Desde el principio se planta abiertamente el conflicto entre la posición del joven ingeniero y la actitud inmovilista de una sociedad apegada a creencias y formas de existencia tradicionales y dominada por el fanatismo, la intransigencia y la hipocresía.

El modo en que el autor aborda esta batalla con final anunciado es lo más interesante de la novela porque, como decíamos, el autor – narrador actúa de la misma manera que los intransigentes, los irónicos y los hipócritas, haciéndonos así cómplices de “su “ guerra, de tal manera que ésta se plantea en dos frentes principales :

Doña Perfecta y su mundo novelesco ___contra___ Pepe Rey y su mundo novelesco

Intolerancia, fanatismo, hipocresía ___contra___ Libertad, nosotros.

Y es que somos nosotros, lectores, quienes sufrimos, como Pepe Rey por parte de su tía, los ataques de la verdad a medias, de la crueldad escondida bajo apariencia bondadosa.

Del primer frente es doña Perfecta la principal promotora; del segundo, lo es el narrador. ¿Quiere decir el novelista que los sucesos individuales están siempre entretreídos con los colectivos? sí. Galdós, al contraponer dos mundos, el santurrón e hipócrita, con el revolucionario, no sólo condena al primero; también condena los excesos del extremismo reaccionario : la violencia, en definitiva, destruye al mismo que la practica.

El primer capítulo de la novela se titula “Villa Horrenda...¡cinco minutos!” , y, en efecto, la descripción del lugar nos confirma que la tierra merece el nombre:

“Un momento después ,señor y escudero hallábanse a espaldas de la barraca llamada estación, frente a un caminejo que, partiendo de allí, se perdía en las vecinas lomas desnudas, donde confusamente se distinguía el miserable caserío de Villahorrenda”

Parece que el narrador quisiera que confiásemos en él y, para ganarse la confianza, nos demuestra su fidelidad narrativa; es decir, Villahorrenda, tal y como él lo ve, es un lugar horrible, y así nos lo hacer ver , también, a nosotros.

Sin embargo, ya en el segundo capítulo, un personaje, Pepe Rey, nos hace la primera advertencia; no todo tiene el nombre que le corresponde:

“–¿Eso que tenemos delante es el Cerrillo de los Lirios? , pero ¿dónde están esos lirios, hombre de Dios?. Yo no veo más que piedras y hierbas descoloridas. Llaman a eso el Cerrillo de la Desolación , y hablarán a derechas. **Exceptuando Villahorrenda, que parece haber recibido a un tiempo el nombre y la hechura, todo aquí es ironía.**”

Ante esto, el narrador elude responsabilidades, mostrándose inseguro de sus saberes:

–“El tío Licurgo, **o no entendió las palabras del caballero Rey, o no hizo caso de ellas.**”

En el mismo capítulo, Pepe Rey se dirige de nuevo al criado de su tía en estos términos:

–“Dígame usted, señor Solón...

–Licurgo, para servir a usted...

–Eso, señor Licurgo. Bien decía yo que era usted un sabio legislador de la antigüedad”:

Y el narrador, algo después, hace suya la ironía de Rey al describir así una actitud del criado :

–“El sabio legislador espartano se rascó la cabeza”

Luego, deja que la ironía se acentúe cuando, conforme avanza la acción, comprobamos la avaricia descarada del señor Licurgo. Habla Pepe Rey :

–“Este campo parece mejor cultivado. Veo que no todo es tristeza y miseria en los Alamillos”.

Responde el labriego :

–“Señor, esto es mío.”

Algo después, continúa el caballero :

–“Esta tierra es muy mala...difícilmente podrá usted sacar partido de ella”.

Replica el viejo :

–“Esto...es de usted”.

El capítulo tercero es casi todo él narrado, y está dedicado a la figura de Pepe Rey. En la prosopopeya que se le realiza, encontramos datos que nos serán muy útiles para mejor entender el punto de arranque y ulterior desarrollo de la “guerra”. El narrador, que conocía al joven progresista antes que nosotros, realiza una serie de alabanzas hacia su modo de ser:

–“Inteligencia, fuerza. Si no en caracteres visibles, llevábalas él expresadas vagamente en la de su mirar, en el poderoso atractivo, que era don propio de su persona, y en las simpatías a que su trato cariñosamente convidaba”.

Pero, antes de cerrar el capítulo, añade :

“Fuerza es decirlo, aunque su prestigio se amengüe : **Pepe Rey no conocía la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado singulares velos del lenguaje y de los hechos para cubrir lo que a los vulgares ojos pudiera ser desagradable”.**

Estas palabras resultan un tanto ambiguas: ¿qué quieren decir, verdaderamente? ¿está amonestando al joven por no “disfrazar” sus pensamientos de forma que no susciten las críticas de aquéllos que no los compartan, en cuyo caso estaría mostrando su actitud intolerante con cualquier tipo de intolerancia, por leve que resulte? ¿o bien el narrador– autor ironiza sobre lo que hay de “civilizado” en el hecho de no decir lo que uno piensa?

Las dos preguntas podrían tener respuesta afirmativa, pero pensamos que Galdós, en esta novela, combate a la intolerancia mediante los medios que puedan resultar más contundentes : “Yo abomino la unidad católica y adoro la libertad de cultos”, había escrito, en 1878, a Pereda, a quien, por cierto, siempre le unió una entrañable amistad, pese al notable tradicionalismo del escritor santanderino, y no quiere dejar pasar por alto la intransigencia mostrada, si bien en pequeño grado, por el señor Rey.

En cuanto a los capítulos siguientes, que suponen la primera toma de contacto entre éste último y los personajes antagonistas, no hacen más que confirmar esta impresión nuestra de que el narrador tiene en sus manos, por lo que se refiere a esta novela, un instrumento de poder extraordinario. Es necesario recordar su condición de narrador omnisciente y su papel de guía con respecto al lector. Él no sólo ve, como nosotros, las cosas tal y como van ocurriendo, sino que conoce los antecedentes que las produjeron y conoce, también, puesto que puede penetrar en lo más recóndito del personaje que actúa, las consecuencias que traerán.

Y es necesario recordarlo, decimos, porque cabría esperar de él una actitud más transparente, como corresponde al único personaje que no actúa en la acción novelesca.

Pero ya sabemos que tampoco está inactivo: es el responsable directo de que nosotros, lectores, nos enzarcemos en una batalla que podría haber resultado privada y que por obra suya no lo es. Por ejemplo, en la presentación del penitenciario y de la propia doña Perfecta, su actitud nos llega a desconcertar : En un principio, dejará que los personajes se describan por sí solos a través de sus acciones y sólo intervendrá para transmitir sus pensamientos o para introducir sus parlamentos. El primer atisbo de malicia lo descubrimos en el sacerdote a través de un comentario interno que se repite dos veces y que va dirigido hacia el ingeniero recién llegado :

–“El señor penitenciario...viendo las cabezas del tío Licurgo y de su compañero de viaje, dijo para sí: “Vamos, ya está ahí **ese prodigio**”.

–“...Y, marchando hacia la casa, murmuró : –“Vamos a conocer a **ese prodigio**”.

De igual manera, la primera muestra de hipocresía, aunque todavía no podemos reconocerla como tal, por parte de doña Perfecta, la oímos de su propia voz :

–“¿Sabes lo que me decía Rosarito esta mañana? – indico doña Perfecta, fija la vista en su sobrino–.Pues me decía que tu, como hombre hecho a las pompas y etiquetas de la corte y a las modas del extranjero, no podrás soportar estas sencillez un poco rústica en que vivimos y esta falta de buen tono, pues aquí todo es a la pata la llana”.

Sin embargo, casi de inmediato, en un capítulo titulado significativamente “¿habrá desavenencia?”, donde comenzará a resultar evidente el verdadero carácter cizañero del penitenciario, el narrador interviene en varias ocasiones. Una para, efectivamente, aclararnos la situación, para decirnos que nuestra impresión es acertada:

–“Esta filípica, terminada con **marcado tono de ironía y harto impertinente** toda ella, no agradó al joven”.

Otra, muy breve, casi imperceptible, para desconcertar. Es cuando se refiere al sacerdote y se le descuelga el adjetivo:

“a la sazón, el **buen don Inocencio** sacaba de debajo de la sotana una gran petaca de cuero ...”.

Bastante después , cuando los dos antagonistas han hecho y dicho suficiente como para que la desavenencia llegue a discordia, volverá a repetir el calificativo:

“ **El buen clérigo** se reía de sus propias ocurrencias...”

Pero mucho más evidente es la hipocresía del narrador en este pasaje :

–“Mira sobrino, tengo que advertirte una cosa – dijo doña Perfecta, **con aquella risueña expresión de bondad que emanaba de su alma, como de la flor el aroma**–.”

Esta alternancia del narrador, que ora aparece cómplice del lector, confiándole sus impresiones ante la maldad evidente de ciertos personajes, ora los describe como lo haría aquél que de nada los conociese , es decir, con atribuciones positivas que no poseen, es lo que , casi invisiblemente, va atrapando al lector, aumentando su irritabilidad y, así, su predisposición hacia la guerra que amenaza desde el principio de la novela .

A partir del capítulo noveno la relación entre el penitenciario y doña Perfecta con Pepe Rey se ha hecho más y más insostenible . Cada vez hay mayor discrepancia entre palabra y comportamiento.: La hipocresía aumenta. El narrador, de igual modo, lleva su hipocresía al mismo nivel que los personajes que describe:

“Habíale prometido doña Perfecta, **en su magnanimidad**, ayudarle a salir de tan torpes líos por medio de un arreglo amistoso; pero pasaban los días **y los buenos oficios de la ejemplar señora** no daban resultado alguno “.

–“Sobrino mío –repuso la señora, **con su acostumbrada dulzura**–”.

En el capítulo 11º , el pobre Pepe Rey, a quien todo se le ha vuelto en contra, ansía recibir carta de su padre, que quedó en Madrid. No ha recibido ninguna desde su llegada, dos semanas atrás, y sus recelos –como los nuestros– se resaltan , agudamente, mediante el falso intento de disiparlos :

“No podía achacar esto a la Administración de Correos de Orbajosa , porque , siendo el funcionario encargado de aquel servicio amigo y protegido de doña Perfecta, **ésta le recomendaba diariamente el mayor cuidado para que las cartas nos se extraviasen**.”

En el mismo capítulo se produce el relevo del cargo que el Ministerio de Fomento había confiado a Pepe Rey. Es la gota que colma el vaso de la desesperación del ingeniero. Mucho más tarde nos enteraremos de que el señor ministro a accedido a firmar la destitución atendiendo a la petición de la todopoderosa doña Perfecta.

A partir del capítulo 15, el narrador hace gala de nuevo de su omnisciencia: él conoce los auténticos intereses de los

personajes . Por eso, cuando Pepe Rey , derrotado, anuncia que se vuelve a Madrid, nos declara :

“En el alma de doña Perfecta, en el alma del penitenciario, en la juvenil alma del doctorcillo, retumbaron como una armonía celeste estas palabras :‘esta misma noche’ “.

Pero esto lo descubrimos un poco antes de que los propios personajes se descubran, pues, en el siguiente capítulo, cuando Pepe Rey decide no marcharse y lo comunica :

“ Doña Perfecta se puso primero encendida, pálida después... les miró como mira un general a sus queridos cuerpos de ejército. Después examinó el semblante meditabundo y sereno de Pepe Rey, de aquel estratégico enemigo que se presentaba inopinadamente cuando se le creía en vergonzosa fuga”.

El capítulo 19º se titula :“Combate terrible” . Todo el mundo ha puesto las cartas sobre la mesa. Por largo rato, cada vez que el narrador nos hable de la tía de Pepe Rey, lo hará describiendo sus actitudes, con apreciaciones propias :

–“Sí, sí, es verdad –repuso la señora interrumpiéndole vivamente y procurando recobrar su **habitual dulzura**–”.

“Al decir esto, la señora había descubierto su rostro y contemplaba a su sobrino con **expresión beatífica**. Pepe estaba perplejo.”

“Doña Perfecta se levantó indignada, majestuosa, terrible. Su actitud era la del anatema hecho mujer”.

“–¡El juez! ¡Periquito!...¡Ya no es juez Periquito! –exclamó doña Perfecta con voz y gesto semejantes a los de las personas que tienen la desgracia de ser picadas por una víbora”.

Cuando habla, lo hace “con cruel sarcasmo”; cuando insulta, lo hace “implacablemente”. Todo contribuye a nuestra progresiva exaltación . La hipocresía del narrador parece haber desaparecido hacia el final, cuando ya ha dejado cumplido su propósito. A punto de terminar :

“Doña Perfecta adelantó algunos pasos. Su voz ronca, que vibraba con acento terrible, **disparó** estas palabras :

–”¡Cristóball, ¡Cristóball!..., ¡mátale!

Es ella, con su autoridad, quien comete el crimen. Son las últimas palabras disparadas hacia el joven que osó atentar contra lo convenientemente establecido. Ahora, cuando ya nuestro ánimo se encuentra debidamente encendido, cuando la exaltación llega a su grado máximo ,consiguiendo el efecto buscado por el autor, encaja la advertencia subliminal que desde el principio nos ha estado lanzando Galdós : reacciones como las nuestras son humanas, comprensibles, ... pero poco inteligentes. Nuestro escritor condena –siempre, aunque no de la misma manera – los extremos que impiden la concordia. La historia de Pepe Rey es la historia de un atropello, de un linchamiento, pero ,en palabras de Ricardo Gullón, “lo inevitable es consecuencia de lo inflexible del carácter y de la activa malicia de quien favorece esa rigidez ; con un poco de cautela, la catástrofe se hubiera evitado.”

Galdós predica la paz entre hombres, entre familias, entre hermanos. Desde su convicción pacifista debe buscar la forma de convencernos. A veces, irrumpiendo él mismo con su propia voz; otras, con el ejemplo de sus personajes. En Abril de 1876, desde Madrid, concluía su novela :

“Esto se acabó. Es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son.”

BIBLIOGRAFIA

- Carmen Bravo-Villasante : GALDÓS VISTO POR SI MISMO.
- Ricardo Gullón: TÉCNICAS DE GALDÓS.
- Juan Manuel Rozas: HISTORIA DE LA LITERATURA II. UNED.
- Julio Valdeón y otros : HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LOS PAÍSES HISPÁNICOS.